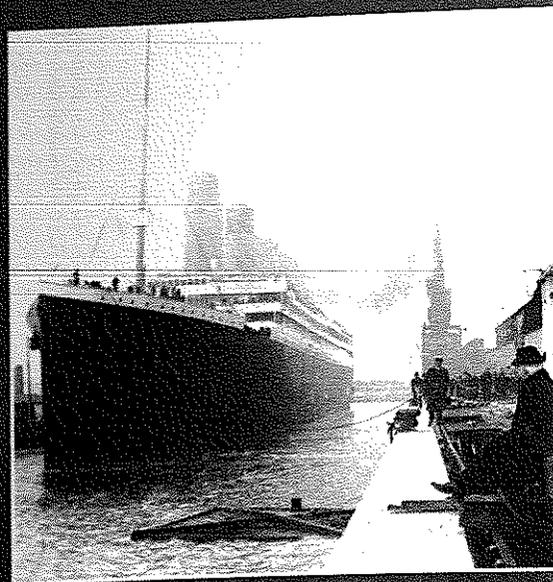


Joseph Conrad fue marino antes que escritor. El mar recorrió su obra y le imprimió carácter. Cuando el 15 de abril de 1912 el *Titanic* se hundió en poco más de dos horas, el hombre de mar y gran moralista que fue Conrad no pudo permanecer ajeno al drama y reflejó su visión del asunto en los dos textos que aquí se recogen y que cuestionan la labor de las comisiones de investigación cuyos trabajos fundamentaron una sentencia final sospechosamente favorable a los armadores.

Ambos textos son inestimables por su calidad literaria, por su lucidez en medio de la confusión y por su dimensión moral. Entre consideraciones técnicas sumamente atinadas, Conrad cuestiona la soberbia del armador, de la prensa, de los investigadores comisionados y de la sociedad toda que generó tan infladas y poco fundadas expectativas alrededor del *Titanic*, con tan dramáticos resultados. El *Titanic* fue, por voluntad de sus propietarios, todo un símbolo, y el símbolo se volvió contra quienes lo concibieron. Conrad suscita la verdadera dimensión humana y moral del drama que 100 años después sigue dando tanto que hablar.



Joseph Conrad

El Titanic

Traducción de Carlos García Simón



GADIR

enfrentan a las cosas y encaran la realidad —no la palabrería— de esta vida.

Recuerdo haber oído hace años por casualidad a dos auténticos viejos lobos de mar decir de un oficial del barco que, si no exactamente incompetente, tampoco era, bajo el riguroso juicio de los curtidos marineros, precisamente merecedor de elogio. Uno de ellos resumió para concluir la conversación diciendo en un divertido tono judicial:

—La Cámara de Comercio debía de estar borracha cuando le dio a este el título.

Confieso que esta idea de la Cámara de Comercio como una entidad con un cerebro superada por los vapores de un licor fuerte me resulta sumamente atractiva. De ser así hubiera sido distinta al resto de las sociedades limitadas, de las que alguna inteligencia exasperada dijo una vez que no tenían almas que salvar ni cuerpos a los que patear, y que de ese modo salían indemnes, en este mundo y el otro, de todas las sanciones efectivas

impuestas por una conducta consciente. Pero, por desgracia, la pintoresca declaración que escuché no era más que una salida típica de marinero enfadado. La Cámara de Comercio está compuesta de departamentos por los que no circula sangre. Sin extremidades ni fisionomía; de lo contrario en la última investigación hubieran tenido que pagar a las víctimas del desastre del *Titanic* el mínimo tributo de un sonrojo. Me pregunto si cuando el Departamento de Marina de la Cámara de Comercio decidió dar carpetazo al informe técnico durante un tiempo, realmente creía que un buque de 45.000 toneladas —que *cualquier* buque— pudiera hacerse prácticamente indestructible gracias a sus compartimentos estancos. Le resulta increíble a cualquiera que alguna vez haya reflexionado sobre las propiedades de materiales tales como la madera o el hierro. No se puede, digan lo que digan los armadores, hacer que un buque de tales dimensiones sea proporcionalmente tan resistente como uno mucho más pequeño.

A pesar de que se manejaban con la mayor de las destrezas, las sacudidas que tenían que soportar nuestros viejos balleneros entre los duros témpanos de la Bahía de Baffin eran absolutamente pasmosas, y aún así aguantaron durante años. El *Titanic*, de creer lo que dicen los últimos informes, sencillamente rozó una placa de hielo que, sospecho, ni era tan enorme ni tan fácil de ver como un iceberg, sino que era la pequeña punta de un témpano, y se hundió; sabe Dios cuán despacio. Y ahí es donde entra en juego la ventaja de esos mamparos, pues el tiempo es un buen amigo y una ayuda; lamentablemente en este caso los compartimentos estanco sirvieron solo para prolongar la agonía de los pasajeros que no pudieron ser salvados. Pero el naufragio, además de la pena y el dolor por la pérdida de tantas vidas, causó una suerte de consternación inesperada ante el hecho de que tal cosa pudiera ocurrir en modo alguno. ¿Por qué pasó?

Se construye un hotel de 45.000 toneladas de magníficas láminas de acero para asegurar una clientela de, pongamos, un par de miles de ricos (porque si hubiera sido solo para el traslado de emigrantes no se habría hecho de tan desmedidas proporciones), pongamos que se decora a estilo faraónico, o Luis XV —lo ignoro—, y que para complacer a ese susodicho puñado de fatuos individuos, con tanto dinero que ya no saben qué hacer con él, y lograr la ovación de dos continentes, se bota al mar con dos mil personas a bordo a una velocidad de veintiún nudos... Una perfecta muestra de la moderna confianza ciega en los materiales y artilugios. Y entonces ocurre esto. Conmoción general. La confianza ciega en los materiales y artilugios había recibido un terrible golpe. Nada digo de la credulidad con la que se acepta cada una de las afirmaciones que especialistas, técnicos y consultores tienen a bien hacer, ya sea en beneficio propio, ya para alcanzar la gloria. Uno se queda estupe-